

L'ecole des femmes

Por Rafael Guizado

Juan Bautista Poquelin, llamado Moliere, vivió cincuenta años, y escribió treinta y tres obras de teatro, que él mismo representó al frente de su compañía. De esa copiosa producción, algunas de las comedias son conocidas en el mundo entero por sus características psicológicas, como "Tartufo", como "El Médico a Palos", como "Don Juan", "El Misántropo", "El Enfermo de Aprehensión". Otras quedan en el recuerdo de las personas entre la olvidada fronda de lecciones escolares, reducidas a ejemplos sintéticos de literatura clásica francesa. Entre estas últimas está "L'Ecole des Femmes".

Hoy, un magnífico y talentoso actor francés trae a nuestra escena la admirable comedia de Moliere. Su escogencia no puede tener nada de ocasional ni de curioso; es, a no dudarlo, el fruto de una reflexión, el descubrimiento de una vida constante en los inmortales pasajes de la comedia, la percepción clara y firme del rico venero de arte que encierra esa farsa filosófica, inquieta, en ocasiones amarga, y siempre abundante en situaciones cómicas y en aciertos escénicos.

La obsesión de Arnolphe, el hombre de cuarenta y dos años, de casarse con una mujer de cuya fidelidad no pueda dudar; el singular sistema que concibe para llegar a ese fin: educar en la mayor ignorancia del mundo a una niña comprada en su más tierna edad, y el desencanto doloroso que sufre cuando descubre que Agnes ama a Horacio, un pretendiente joven, y lo prefiere a él, todo eso que forma la simple anécdota de la obra, da pie a Moliere para tejer una serie sutil y deliciosa de observaciones justas y profundas y ocasión al actor para lucir la infinita gama de su talento.

Al estudiar el fondo mismo de "L'Ecole des Femmes", Francisque Sarcey hace una acertada y fina observación: El procedimiento de Arnolphe, dice, es precisamente el contrario del que ha debido adoptar para lograr su propósito. Por ley natural, el instinto busca, para provocar el amor, una afinidad de edades. Y sólo la razón puede torcer ese instinto. Sarcey trae a cuento la conocida obra de Tolstoy, "Katia", cuya protagonista se enamora de su institutor, gracias a un proceso mental al que la han llevado sus conocimientos, su cultura, su raciocinio, en contra del instinto. Agnes, la heroína de Moliere, no tiene defensa alguna contra el impulso natural de su corazón porque su tutor Arnolphe la ha privado deliberadamente de ella, al aislarla del mundo y al esconderla en una total ignorancia de cuanto en aquel sucede.

El doloroso proceso del desengaño que el héroe va a sufrir, pese a todas las precauciones tomadas, queda diluido en el aspecto burlesco de su situación que Moliere explota a sus anchas, para solaz diversión del espectador. Paul de Saint

Victor asegura que el genial cómico quiso pintarse a sí mismo en el personaje de Arnolphe. Cuando se casa con Armande Bejaset, tiene cuarenta y dos años —como su ficticio personaje— y su mujer tiene diez y ocho. Conocido es el calvario conyugal de Moliere, y su masoquista deseo de exponerlo en forma cómica a través de sus creaciones teatrales. Esta circunstancia hace más áspero aún el contenido dramático de la obra, y más constante la perennidad del tipo



MOLIERE

humano que Arnolphe representa.

La pasión violenta y loca que se desarrolla en el corazón del pobre Arnolphe, en la parte última de la pieza, cuando comprende que Agnes lo desprecia y que va a perderla para siempre, es, sin duda alguna, una de las más bellas escenas teatrales que puedan conocerse. El hombre desesperado y maltrecho en sus íntimos sentimientos, no deja de ser un risible muñeco, y en vez de inspirar piedad, a pesar de que sus quejas son sinceras, su acento desgarrador y su pesar profundo, causan hilaridad por esa grotesca manía de reducir a fórmulas filosóficas su propia desesperación y de pretender cambiar el cauce de los hechos con reflexiones incomprensibles para la hembra huérfana de vida intelectual que se inclina fatalmente hacia el venturoso amor juvenil que le brinda un pretendiente afortunado.

Pocas obras encierran como esta, a través de su simplicidad anecdótica, mayor número de elementos teatrales, de sugerencias morales, de visiones filosóficas, todo ello armonizado en el verso fluido, sedoso y cálido. Y eso explica fácilmente que Louis Jouvet haya hecho de éste su espectáculo favorito de presentación ante los públicos de América, ya que en él encuentra una rica vena de resortes emocionales para lucir su sensibilidad artística y para justificar su bien ganada fama de perfecto comediante.